

PROP. CXXI. El sustentante no debe dar la razon de lo que dice sino despues de espuesta toda la dificultad, pág. 444.

PROP. CXXII. El sustentante al acabar haga un breve epilogo de la fuerza de la dificultad y de su solucion, pág. 445.

Leyes para la disputa socrática.

PROP. CXXIII. El arguyente debe portarse con su contrario como si de él quisiese fundamentalmente aprender su doctrina, pág. 447.

PROP. CXXIV. El arguyente debe aparentar mas rudeza y mayor deseo de una perfecta instruccion en aquellos puntos donde sospecha que se envuelve falsedad, de suerte que el contrario se vea obligado á esplicar las palabras oscuras y consecuencias de su doctrina, hasta que por sí misma aparezca la falsedad escondida, pág. 447.



## NOTAS.

### NOTA I, pág. 22.

De esta definicion de la lógica, se deduce que su estudio es esencialmente moral. En efecto el arte cuyo objeto es dirigir la inteligencia para buscar la verdad es, sin duda alguna, una aplicacion de la teoría del bien, del que depende como todo arte que bajo cualquier aspecto se propone la perfeccion de nuestra naturaleza.

¿Pero, qué es la verdad?... ¿Qué es la verdad? preguntó irónicamente Pilatos á Jesucristo, sin aguardar respuesta.

La verdad es lo que es; lo que es, lo que existe por sí mismo, por su propio ser, objetivamente, realmente. La verdad ha sido hecha para el enten-



dimiento, y no procede del entendimiento; de la misma manera que el entendimiento ha sido hecho para la verdad y no por la verdad; entre ambos hay recíprocamente afinidad y armonía, pero no generación é identidad.

La verdad es lo que es; todo lo que es, su dominio es el universo; la existencia de las cosas, sus atributos y sus relaciones; la naturaleza, el hombre Dios, considerados bajo este triple aspecto; todas las verdades parciales que son como tantas fases de la grande verdad, la verdad de las verdades, la que funda, constituye y une todas las demas, todo esto es lo verdadero: lo verdadero es igual al ser.

Solamente lo verdadero es igual al ser hecho accesible y perceptible á la inteligencia; el ser no accesible á esta podría existir en realidad, pero no sería verdad. Lo verdadero es necesariamente inteligible.

Lo solo inteligible es lo general, pues no constituye ciencia lo que pasa, lo que sucede un día y no el siguiente, lo que cambia cada día, lo que no tiene trazas de permanencia, de fijeza, de unidad; no constituye ciencia lo particular, no que nuestro entendimiento deje de comprender lo particular, lo que por esta misma razón es el inevitable objeto de sus primeras percepciones; pero este no es su término, si bien es su punto de partida. Comienza por lo particular, pero solo se fija en lo general, y solo en este hay complemento de pensamiento, fin de conocimiento y en una palabra ciencia.

¿Pero, qué es lo general? Lo que no pasa, lo

que permanece, lo esencial y constante de las cosas, en una palabra el orden.

Lo general es el orden. ¿Pero qué es el orden? El orden es el bien, el orden es lo bello, el orden procede de Dios, es la sabiduría y omnipotencia del Altísimo visible en el mundo exterior, es el reflejo de pureza, de hermosura, de perfección que su mirada comunica al universo, desde el insecto imperceptible hasta los mundos diamantinos que pueblan la inmensidad del espacio. El orden es la revelación de Dios al hombre, sea que esta revelación se haga sentir en lo más íntimo de nuestro corazón, en lo más profundo de nuestra conciencia, que responda á nuestros pensamientos, ó que nos hable después de una oración estática y ardiente; sea que esta revelación nos venga de la creación visible que habla continuamente al hombre y que revela en compendio los atributos de Dios y los dogmas del cristianismo; ó bien sea que esta revelación sea la palabra divina, la moral Evangélica que Jesucristo Dios y hombre ha dado á los hombres como un rocío celestial. Así Jesucristo es el orden en el sentido místico y elevado, y de esta manera se anuncia á los hombres con estas palabras: Yo soy el camino y la verdad y la vida<sup>1</sup>.

Donde el orden reside, allí reside el bien; el uno no marcha sin el otro, ó hablando con más exactitud, el uno es idéntico al otro; el orden es el bien en acción; el orden es el bien bajo todos sus aspectos. Así en las criaturas sin inteligencia, el orden

<sup>1</sup> Juan, XIV, 6.



es el bien necesario, digámoslo así, es el bien destinado á ser realizado por movimientos en lugar de voluntad; al contrario en la ley impuesta y revelada á las criaturas racionales, el orden es el bien moral, es el bien que el hombre tiene la obligación de, mediante la gracia de Dios, querer y cumplir con voluntad.

Si la verdad que es lo inteligible, que es lo general, que es el orden mismo es el bien, siguese que la verdad es excelente y que todas las verdades son buenas.

En efecto las malas verdades son las semi verdades, las verdades á medias, las que no penetran en el entendimiento enteras y puras; las que en parte admitidas, en parte no admitidas, arregladas y almodadas, en el entendimiento segun los caprichos y las preocupaciones, solo se representan en la inteligencia por ideas falsas, mal coordinadas, y á veces funestas y culpables. Y hablando con propiedad, no son verdades, pues solo son la negacion de estas, á lo menos parcial y relativamente, pues la verdad es siempre un aspecto del bien.

Siguese que la ciencia, que puede definirse la conformidad del alma á lo verdadero por la accion de la razon, es tambien por consiguiente la conformidad al bien.

La ciencia es pues excelente como el objeto á que se refiere, y es la forma clara y fiel en el pensamiento de ella.

Las solas ciencias malas son las falsas ciencias, porque el objeto que se proponen no es lo verda-

dero, sino lo falso, y hasta cierto punto el desorden y el mal.

La ciencia es pues un beneficio para las almas en que reside; bajo la forma de lo verdadero, de lo general y del orden, les manifiesta el bien que les hace comprender y amar. Todas las almas sabias viven en la mira y en la creencia del bien; las que se vuelven al mal no son conducidas por la ciencia, sino por la ignorancia ó el error que se mezclan á la ciencia. Hay efectivamente almas sabias que no lo son sino á medias, y que al lado de luces, tienen tambien tinieblas, fulgores impostores, deslumbramientos é ilusiones, siendo por este lado flacas, vacilantes y sujetas al mal. La soberbia, la concupiscencia de la carne que el Hijo del Hombre ha venido á destruir, los ciega y conserva en una embriaguez falaz é infernal, y no descubren el vasto horizonte que divisan la pureza y la humildad, ojos del alma. Su espíritu gangrenado de orgullo nada descubre, pues la naturaleza nada responde al soberbio, y el universo es un libro cerrado para el orgulloso. Si la verdadera ciencia ocupase esclusivamente su entendimiento, su inteligencia y sus fuerzas, se dirigirian solamente al bien bajo todos sus aspectos.

La ciencia es moral en sí misma y por sí misma, pues su fin es el conocimiento de la verdad, el desarrollo de nuestra inteligencia y la práctica de la virtud. Ademas la ciencia vale tambien por la accion que ejerce sobre el conjunto de la vida humana.

En efecto, por lo que toca al desarrollo de la sensi-



bilidad, es cierto que la ciencia, la ciencia seria, la que acompaña y fortifica una fe viva y activa, la que no reside en el entendimiento para forjar sofismas y subtilidades de aulas, sino para alimentar este mismo entendimiento y fecundarlo, es cierto, digo, que tal ciencia pasando de la esfera de las ideas á la de las emociones, penetra hasta el corazón, y lo domina enteramente. Cuando conocemos que es buena ó mala una cosa que nos rodea, no podemos menos de anhelarla ó evitarla, gozar ó sufrir, y experimentamos relativamente á esta misma cosa, todas las emociones que dependen del pensamiento que nos ocupa. El alma no resiste á la fuerza de la ciencia; al contrario cede con una increíble facilidad. Si llegamos á certificarnos hasta la evidencia que un acontecimiento que juzgábamos dichoso es aciago y funesto, ó que una persona que reputábamos honrada es perversa y depravada, no solo nuestro concepto cambia, sino que nuestros sentimientos cambian igualmente bajo la influencia y direccion de nuestros juicios. Que si, al contrario, la reflexion, el razonamiento, la esperiencia, la autoridad de personas prudentes, en una palabra todos los medios de ilustrarnos é instruirnos, concurren á probarnos que nuestras primeras opiniones se fundaban en la razon, perseveramos en ellas con conciencia, al mismo tiempo que perseveramos en las afecciones que de ellas procedian; y la ciencia, que en estos dos casos ha penetrado en el pensamiento por un lado para reformarlo, y para afirmarlo por otro, ha penetrado al mismo tiempo en el seno del amor para levantarlo, y mante-

nerlo en sus primeras inclinaciones; dueña del entendimiento lo ha sido tambien del corazón, y ha reinado sobre ambos sin lucha y sin rival. Tal vez me objetarán que la ciencia no ejerce siempre imperio semejante, y que á menudo, puramente lógica, enteramente intelectual, por decirlo así, no penetra bastante profundamente en la conciencia, para ser el principio y la regla de la vida, y particularmente de la sensibilidad. No hay duda en ello, pero en este caso no es la ciencia verdadera, la ciencia acabada y llevada á su último término, sino solamente la verosimilitud, la opinion, este primer y vago fallo que pronunciamos sobre asuntos que no se observan de cerca y profundamente. En este estado no debe sorprender que no reaccione sobre las pasiones; pues estas solo se entregan y ceden á las fuertes pasiones de la creencia, y en el caso supuesto no hay creencia, solo hay vana y frívola ocupacion del entendimiento. Muy lejos está de este caso la ciencia verdadera; sus efectos no flotan errantes é indecisos sobre la superficie del alma, sino que la penetran, y en todas partes presente, y en todas partes activa, irradian y se muestran á todos los actos de la vida, sin esceptuar las pasiones que domeñan, modifican y dirigen como los demas, conservando el pleno y entero gobierno. Reina de nuestro corazón y de nuestro entendimiento, preside á la vez á nuestros juicios y á nuestros sentimientos.

Todo lo dicho de la ciencia, relativamente á la sensibilidad, es no menos cierto relativamente á la voluntad.



En efecto, la ciencia es el modo de ver las cosas por el cual la verdad, el orden y el bien que en ellos residen, aparecen y se muestran en toda su pureza, volviéndose objeto de la mas profunda conviccion. ¿Y cómo es posible conociendo y creyendo perfectamente en la verdad, el orden y el bien, no someterles enteramente las acciones? En sí mismos nos convienen y para nuestra alma estan hechos; son su polo, su ley, su condicion de existencia, el medio de que Dios se sirve para convertirla y volverla hácia su bondad; son nuestra providencia visible, la estrella de nuestro fin, la luz de nuestra vida, y tan imposible nos es moralmente estar privados de ellas, como nos lo es físicamente de los elementos de la materia. La verdad, el orden, el bien son tan necesarios para nuestra alma, como lo es para nuestro cuerpo, la tierra que nos sustenta, el alimento que nutre nuestros órganos y el aire que respiramos, advirtiéndose que los primeros son de un género eminentemente mas sublime y mas noble, pues son de este mundo y del otro, son de todos los momentos, son infinitos é inagotables, pudiendo deducirse del contento y dicha que recibimos de lo poco que poseemos, que la plenitud de estos dones llenaria nuestras almas de un inefable júbilo, comunicaria ilimitada felicidad y entera perfeccion á nuestra naturaleza, y haria acercar nuestro ser de la divinidad. ¿Cómo pues á presencia de tales dones no nos sentimos vehementemente atraídos y arrebatados por una fuerza irresistible? ¿Cómo pues no los apetecemos con ansia y no dirigimos hácia ellos todos nuestros deseos? — ¿Por qué pues no los deseamos con vehemencia?

Porque los desconocemos, y que sin nocion, ni intencion, somos incapaces de resolucion; porque los olvidamos, y no teniéndolos presentes en el pensamiento no podemos formar plan ni designio; porque en fin los desconocemos, y el error de nuestros juicios pasa en las determinaciones de nuestra libertad. Pero ilustremos nuestra ignorancia, despertemos nuestros recuerdos, demos una buena direccion á nuestras falsas miras, y con la ciencia y la creencia tendremos el consejo, tendremos la voluntad de la verdad, del orden y del bien.

Grave error sufriria el que creyese que el sabio, el verdadero sabio, no tiene tendencia alguna á la accion, y que toda su disposicion consiste en la teoría especulativa; el verdadero sabio es mas completo, mas consecuente, pues lo que estima lo resuelve, lo que aprueba lo intenta, y jamas su alma se divide á un punto tal consigo mismo, que por creencia y pensamiento adhiera á un fin, y practique lo que á este fin repugna; pasa al contrario sin esfuerzo y sin lucha del juicio al designio, de la proposicion al propósito firme, de la idea á la voluntad del bien.

El alma del sabio, entregada á la ciencia enteramente, no se divide como la del falso sabio, entre las opiniones imperfectas que entre sí batallan, y, que en lugar de dar á la voluntad firmes cimientos de determinacion, la dejan paralizada é indecisa. El alma del sabio en sí misma tiene unidad y concordia de ideas, y nada le impide desear con ansia la verdad, el orden y el bien que concibe y comprende, como igualmente adherir á ellos por la ac-



cion como adhiere por la conviccion. Escelente por la inteligencia el alma del sabio lo es igualmente por la libertad y sensibilidad.

Tal es la ciencia considerada en su influencia sobre la moralidad de nuestra naturaleza, y si tal es su caracter tal lo es tambien el de la lógica su instrumento necesario. La ciencia es el fin y la lógica el medio, y como el medio se estima y se califica segun el fin á que se refiere, síguese que todo el concepto y estimacion que se atribuye al uno, se debe atribuir necesariamente al otro, y el arte de buscar la verdad es tan moral como la teoría que la posee.

Apreciada la lógica bajo su aspecto moral, quédanos examinarla en sí misma y en su naturaleza.

Pero antes de todo, hay que distinguir entre la lógica teórica y la lógica práctica, entre la que consta en preceptos y la que consta en accion, entre el arte y el instinto. La primera es solamente filosófica, la segunda por ningun título, pues, lejos de ser el resultado de la reflexion y del estudio, apenas la entreve y sospecha el entendimiento.

Sin embargo, por mas oscura que sea, por poco sensible que á la conciencia se muestre, no por eso deja de ser la consecuencia, no diré de la ciencia, sino de un cierto sentimiento de la inteligencia y de sus necesidades. En efecto, cuando el alma, avisada de la presencia y atractivo de la verdad, se determina á buscarla usando espontáneamente de los medios que tiene de alcanzarla, siempre es á consecuencia de alguna impresion por mas confusa que se la suponga. Una especie de secreta psicología pre-

side á este movimiento del pensar, y una ideología instintiva da esta lógica natural.

Con mayor razon una ideología esplicita y sabia, la ideología propiamente dicha, debe ser el principio de la lógica filosófica. ¿En efecto qué viene á ser la ideología? Es aquella parte de la psicología cuyo objeto especial estriba en el entendimiento y sus leyes; es la teoría de las ideas con relacion á lo verdadero. ¿Qué viene á ser la lógica? El arte de desarrollar el entendimiento segun las leyes que le son propias, el sistema de reglas que convienen á la facultad de conocer, el conjunto de preceptos cuyo objeto es la rectitud de las ideas. Es tambien, si se quiere, el medio de juzgar con acierto, de dirigir el entendimiento para buscar la verdad; pero en todas estas definiciones cuyo fondo es idéntico, si bien diferente la forma, la lógica es la aplicacion de la ideología. Sin la ideología, la lógica carece de luz; ignora la inteligencia que debe gobernar, como tambien el orden segun el cual debe gobernarla; es oscura y vaga enteramente, no es mas que un instinto, y para ser un arte exige indispensablemente la ideología. Por consiguiente si se altera ó mutila la ideología, mutilada ó alterada queda igualmente la lógica, y si en la primera se niega tal ó tal hecho de pensamiento, niégase igualmente en la segunda tal ó cual regla correlativa: así, por ejemplo, si se supone en ideología que no hay otras verdades fuera de las que suministra la esperiencia, no puede admitirse en lógica otras reglas de indagacion que las que tienen relacion con la esperiencia, sucediendo lo contrario si solo se admitiese en la primera verda-



des de intuicion, de manera que puede establecerse que todo lo que se desecha de la teoría, se desecha igualmente del arte, que es la teoría aplicada y desarrollada en preceptos. Pero de la misma manera que de una teoría incompleta y defectuosa puede solamente proceder una lógica igualmente incompleta y defectuosa, así de un estudio mas verdadero y de una apreciacion exacta de la razon y de sus leyes dedúcese consecuentemente un método excelente y sin tacha.

Como principio de la lógica, la ideología prescribe tambien su medida y su límite, asignándole su dominio.

¿Pero, qué comprende la ideología? El conjunto de los fenómenos relativos al conocimiento, el sistema de operacion que dimanen de la razon; la ideología comprende la generalizacion inmediata, proceder simple y rápido en virtud del cual y sin mas tardanza, nos cercioramos y afirmamos la universalidad de las cosas; despues la generalizacion mediata ó *à posteriori*, proceder mas complicado, y que consiste en estos tres actos: 1º. observacion, 2º. comparacion, 5º. generalizacion propiamente dicha; en fin despues de la generalizacion de una y otra especie, el razonamiento, que, partiendo de principios determinados, deduce de estos principios las consecuencias que contienen. Débese añadir la memoria, que sirve á doble fin y tiene la doble ventaja de hacer posibles y durables las ideas de la generalizacion y las del raciocinio; débese aun añadir la imaginacion, la confianza en el testimonio de los hombres y la facultad de la palabra, que tam-

bien contribuyen á la ciencia. No obstante conviene decir que las verdaderas facultades científicas son el raciocinio y la generalizacion, y que las demas no son mas que condiciones ó auxiliares de estas.

Si tal es el objeto de la ideología, fácilmente se deduce cual es el de la lógica.

Si hay reglas para la generalizacion inmediata (lo que puede dudarse á causa de la prontitud y espontaneidad de la operacion) la lógica debe trazarlas. Debe especialmente mostrar en qué casos y en qué materias es aplicable esta generalizacion, para que no haya riesgo en emplearla cuando no se debe, ó en no emplearla cuando se debe.

Por lo tocante á la generalizacion *à posteriori*, la lógica debe igualmente proponerse circunscribirla en sus legítimos límites, y en estos límites marcarles sus reglas naturales, empezando por las de la observacion, siguiendo por las de la comparacion, y en fin por las de la generalizacion ó induccion propiamente dicha.

Despues de haber tratado de esta manera de la una y otra generalizacion, debe hacer lo mismo por lo que toca al raciocinio, cuyo valor, latitud, medida y condiciones necesarias de exactitud y rigor debe conocer exactamente.

Deberá tratar tambien de la memoria, medio indispensable de la generalizacion y raciocinio, diciendo como debe cultivarse, qué calidades y qué costumbres conviene darle, como y por que medios se puede volverla erudita y filosófica.

Tratará tambien de la imaginacion, y apreciará su intervencion y uso en materia de razon, conocien-



do al mismo tiempo y arreglando el poder de suponer y sospechar lo verdadero, poder que contenido, dirigido y severamente examinado por el espíritu filosófico, puede á menudo ser un principio de esplicacion y descubrimiento.

No olvidará tampoco el crédito al testimonio humano, debiendo explicar sus motivos de determinacion.

Por último se ocupará del language, sea como medio de comunicacion, sea especialmente como instrumento de reflexion y conocimiento.

Tal es la lógica en su conjunto; de cuya esposicion se deduce una utilidad y un valor que no puede disputársele: es la institutriz de la razon, á la que enseña el arte de la ciencia y la aplicacion de esta misma ciencia, guardándola del escepticismo, de la hipótesis y del error, y enfin constituyendo su fuerza y su virtud.

Pero esta misma lógica, si carece de su verdadera estension, si se presenta mutilada en alguna parte, si queda incompleta y defectuosa, lejos de producir efectos provechosos los producirá perjudiciales. Así, supongamos que no se haga mencion del proceder de la induccion: esta funesta omision daria campo abierto á la hipótesis. Supongamos que se omitiese el raciocinio: la ciencia quedaria tambien desmoronada, y triunfaria el escepticismo negando todo lo que es conclusion.

Dos grandes hechos aparecen en los anales de la lógica. Segun Aristóteles, ó por mejor decir segun la filosofia escolástica solo es el arte de raciocinar; pero como en el arte de raciocinar existen reglas

para las consecuencias, pero no para los principios, como tambien existe un método para deducir, pero no para inducir, los talentos bajo el imperio de esta lógica incompleta y esclusiva muy instruidos en los reglas del raciocinio, pero ignorando las de la generalizacion, se entregaron mas reservadamente á las sistemas arbitrarios y á los sistemas *à priori*, consecuencias de la hipótesis, que cuando se familiarizaron con las leyes de la observacion sabiamente inductiva.

La hipótesis, en efecto, es el solo recurso, es la sola necesidad de una lógica que no reconoce la induccion como la deduccion, y no da lugar en sus preceptos á la primera como á la segunda.

Pero si por otra parte, con Bacon, y exagerando en realidad el pensamiento verdadero de este filósofo, se concede á su *organum*, al *organum* nuevo, un favor que al antiguo se niega; si de tal modo se prefiere la induccion á la deduccion, que se llega á olvidar esta última y á estimar solamente la primera, se incurre en otro exceso no menor, y se perjudica no menos á la ciencia, pues, si bien no se la entrega á la hipótesis tampoco se la defiende contra el escepticismo, á lo menos parcial, y si se le asegura por una parte las verdades de la experiencia, se le despoja ó á lo menos se hace poco caso de las que no llevan este caracter. Todo no es observable en el universo; nuestro origen y nuestro fin, nuestro pasado y nuestro porvenir, Dios en su esencia y en su pureza, y otras muchas verdades no son observables, y ¿de qué medio nos valdremos para conocerlas si no hay mas medio que la observacion? De lo



invisible no se juzga por la facultad de lo visible, ni por la percepcion, sea como sea, de lo que escapa á la percepcion. Solo hay un medio capaz de discutir tales problemas, el cual es el raciocinio ó el arte de proceder legítimamente de lo visible á lo invisible, de lo observable á lo inobservable. Pero este arte, poco considerado en la lógica de la induccion, ha sido olvidado y con él las verdades que le conciernen, y estas verdades olvidadas que parecen verdades no admitidas, dejan un vacío en la ciencia por donde penetra y entra la duda.

El método de induccion, con exclusion del raciocinio, es por consiguiente un método insuficiente, y solamente propio á constituir una parte de la ciencia.

Aristóteles y Bacon, como representantes de la lógica y ambos escelentes, distan de ser completos: no sin duda porque el primero haya desconocido la induccion, y que el segundo haya negado el raciocinio, sino porque el primero apenas ha tenido mas objeto que el raciocinio, y el segundo que la induccion, de que casi exclusivamente se hallaban preocupados; ambos han dado un método parcial, una fraccion de método, en una palabra han sido incompletos; pero es preciso añadir que lo son en tal manera, que pueden fácilmente completarse uno por otro, y que sus *órganos* reunidos pueden formar un todo perfecto, en que no hay una regla, ni un precepto relativo á la induccion ó raciocinio, que no tenga su lugar y su explicacion.

De todo esto se deduce un último punto de vista de la lógica. En lo que precede hemos asignado su do-

minio; ahora vamos á hacer constar su valor científico, lo cual no es difícil, pues si bien algunos contestan su utilidad práctica, su autoridad teórica es generalmente admitida. La prueba es que todo el mundo se abriga bajo de ella, y la invoca en su favor en materia de discusion, para sostener su derecho ó lo que juzga tal, ó para tomar ó conservar sus ventajas, de modo que la lógica es una soberanía que nadie intenta combatir ni limitar. En efecto, si como arte de dirigir el entendimiento para buscar la verdad, la dividimos en dos partes que componen su todo, el arte de generalizar y el arte de raciocinar, y procuramos saber sobre qué principios estriban una y otra, hallaremos que el arte de raciocinar se funda enteramente en este axioma: Dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí. Y, un arte ó un sistema de reglas que sobre tal base se eleva no tiene toda la solidez de la geometría, de que es participe? ¿Qué es el silogismo, sino una obra de geometría, cuyo fin es mostrar que dos términos, dos extremos, asimilados á dos cantidades, tienen tal relacion entre sí, que segun que se convengan ó no, son iguales ó desiguales á un tercer término ó á una cantidad comun que les sirve de medida? Ninguna sería objecion puede hacerse contra el silogismo que de la base á la cúspide está construido segun la mas exacta geometría

No son menos sólidas las bases en que se apoya la induccion, pues su principio es la creencia en la estabilidad del orden, creencia que no es mas que la doble aplicacion del principio de sustancia y del principio de causalidad, pues el orden es la referen-